

LA CABECITA NEGRA

Haydee Gisela Papp



Capítulo 1

El desprecio por el cabecita negra, su rechazo por parte de la pequeña burguesía liberal y democrática, muestra hasta qué extremos el prejuicio impregna nuestras racionalizaciones. Reconocer en él, en el provinciano, al hijo del país, a una de nuestras partes, significa lisa y llanamente aceptar el viejo conflicto entre capital y provincia, entre unitarios y federales... Es algo que está más allá de las racionalizaciones del pequeño burgués, liberal y democrático, presionado por su realidad económica, por su desmesurado sueño de grandeza, por su deseo de ingresar, económica y espiritualmente, a la clase alta. Obsesionado por su status, por su apellido gringo, por su falta de tradición, se siente, en su rechazo al cabecita negra, aliado a los que mandan. Ellos y él, por fin, tienen algo en común. Sin embargo, esto no deja de ser una ilusión. Ser diferente, ser gente, ser bien, significa no tener nada en común con ese intruso, que nos recuerda un origen humilde, de trabajo, de pequeñas humillaciones cotidianas. En esta fantasía, el pequeño burgués transfiere sus propias carencias al cabecita negra: el otro es el indolente, el ignorante, el poca cosa, el advenedizo. "Ahora tendrán que trabajar", dice en 1955, a la caída de Perón. "Los negros volverán a la cocina" hubiera dicho cien años antes, después de Caseros.

"El racismo en Argentina", Pedro Orgambide

PRÓLOGO

Charata, Chaco, enero de 1912

Agotada, física y espiritual. Agotada. El sudor pegaba a su cuerpo el sencillo vestido de flores azules que evidenciaba un embarazo bastante adelantado. El sol, en su cenit, estimulaba el malestar de la joven trigueña que se protegía de los rayos abrasadores con un enorme sombrero de paja.

Cosechaba algodón con denuedo. De tanto en tanto detenía su labor para masajear su cintura dolorida. No sólo soportaba el peso de su prominente vientre, sino también el del bolsón de lona que cargaba en su espalda repleto de capullos de algodón. Al atardecer, luego de pesar su cosecha por la que acostumbraban darle centavos, emprendió el regreso a pie a su rancho. Allí la esperaba Amanda, su hija de ocho años que quedaba a cargo de sus hermanitos menores: César, de cuatro y Sofía, de dos.

La madre sufría cada mañana al dejarlos desprotegidos ya que vivían alejados del pueblo, pero desgraciadamente no tenía opción, había que "parar la olla" y ella carecía del respaldo de un hombre. Su concubino, un

inmigrante llegado de España, la abandonó al enterarse del nuevo embarazo.

_ Aborta o te dejo _ la amenazó en medio de una tremenda pelea.

_ ¡Andate al carajo!, no te necesitamos _ le respondió ahogada en llanto.

Y así, un portazo que hizo temblar las paredes del rancho, finalizó una relación de nueve años.

Sola, con tres hijos y esperando otro, buscó empleo como cosechadora. Al patrón, don Eduardo Sanchez Uría, le importaba un bledo su estado, lo primordial era que rindiese en su trabajo, si no lo hacía se la despedía y a otra cosa. Bien valía cualquier sacrificio por sus hijos.

Esa noche, al acostarse, un calambre le atravesó el vientre. Se contuvo para no asustar a los niños que dormían en la misma habitación que ella. Una nueva contracción la desgarró y esa vez le fue imposible ahogar el grito que le brotó de las entrañas. Amanda corrió a su lado.

_ ¡Máma!, ¿es el hermanito? _ lloró la chiquilla.

_ Si querida, anda queriendo nacer no ma pué. No te asustés, cuidá que el César y la Sofi no se dispierten, yo me arreglo _ la tranquilizó entre jadeos.

Esa noche estrellada, presidida por una espectacular luna llena, Antonia tuvo a su niña, un puñadito de carne rosada que berreaba con la misma fuerza de los corderitos que tenían en el corral.

Cortó el cordón umbilical como lo había visto hacer en sus partos anteriores a doña Aurelia, la comadrona del pueblo que esa primavera había muerto de unas fiebres extrañas y con la ayuda de Amanda, bañó a su pequeña en un fuentón que desbordaba agua tibia. Finalmente la envolvió en una manta descolorida por tanto uso.

La niñita se le prendió al pecho y comenzó a chupar vorazmente. Sus tres hermanos la observaban con los ojos desorbitados. Antonia sonreía complacida. Elevó una plegaria a la Virgen del Perpetuo Socorro, patrona de Charata. "Que podamos salir adelante".

_ ¡Máma, qué linda es!, ¿cómo se va a llamar? _ César estaba emocionado.

_ Alma, se va a llamar Alma, ¿te gusta?

_ Sí, máma, me gusta muy mucho.

Capítulo 2

Charata, Chaco, 1928

_ ¡Alma!, el sombrero. Te olvidás el sombrero, ite vas a insolar, pué! _
doña Antonia, desde la puerta entreabierta del rancho, le advertía a su
descuidada hija el olvido.

Alma retrocedió corriendo hasta su madre, se encasquetó el sombrero de
ala ancha, la besó y como una exhalación desapareció de su vista.

_ Esta chica parece endemoniada, nunca está quieta _ la mujer entró
murmurando y secándose las manos en el viejo delantal, accesorio
infaltable de su sencilla vestimenta.

Con la calma que la caracterizaba se dispuso a levantar la mesa en la que
habían desayunado sus hijos antes de ir al campo de don Eduardo, su
antiguo patrón.

Calentó más leche en una ollita negra de tres patas que colgaba del
estreve ubicado en el fogón de barro que se levantaba en el patio. Cuando
estuvo a punto, la volcó en una taza de losa algo cuarteada. Tomó un
trozo de pan y se encaminó al dormitorio que compartían sus cuatro hijas.
Ella disfrutaba del lujo de tener una habitación propia. César, en cambio,
dormía en un catre medio oculto en un rincón de la amplia cocina.

_ Despertate Mati, vas a llegar tarde a la escuela _ la zamarreó
cariñosamente.

Matilde, una niña de diez años, fruto de una relación con un viajante que
llegó al pueblo en ferrocarril. Antonia se dejó engatusar con falsas
promesas del muy infame que después de un breve amorío, desapareció.

_ ¡Hummm! que sueño tengo... _ se desperezó desparramando las
frazadas que la cubrían.

_ Porque anoche se quedó leyendo hasta no sé que hora _ le reprochó su
madre.

_ ¡Ay, mami! es que me encanta leer.

_ Y se puede saber que estabas leyendo tan entusiasmada.

_ "Platero y yo", de Juan Ramón Jiménez. Es una historia dulce y tierna
que cuenta la vida y la muerte de Platero, un burrito. Una noche de estas,
mientras esté zurciendo las medias del César se la leo, ¿quiere mami? _

Matilde fue la primera de la familia en asistir a la escuela.

_ Sería lindo Mati...y ahora tomate la leche que se enfría _ la apuró.

Mientras Matilde se aprontaba para ir a la escuela, los otros hermanos caminaban de dos en dos hacia la propiedad de Sánchez Uría, el explotador, como lo llamaba César.

Amanda, cabizbaja y silenciosa; Sofía, silbando; Alma, soñando con una vida mejor, lejos, bien lejos de los campos algodoneiros; y César, el payaso, gesticulando muecas simiescas que divertían a sus hermanas a pesar del agobio que sufrían por dirigirse a un trabajo que detestaban.

Pedro Machuca, el capataz, esperaba impaciente a los cosechadores para que iniciaran sin pérdida de tiempo su labor. Hombre despreciable, de unos cuarenta años. Su tez olivácea se ocultaba bajo una barba entrecana que le daba la apariencia de un lobizón, de ahí el apodo con el que se lo conocía. Su astuta mirada de ojos sesgados no perdían detalle de lo que sucedía a su alrededor, siempre vigilante para castigar al perezoso. La cosecha a mano se debía realizar sin pausas, sin descanso, para eso estaba la media hora que se les otorgaba para almorzar. "El Lobizón" en su zaino, recorría la plantación supervisando y azuzando a los trabajadores de manera irritante.

Alma lo odiaba, deseaba que una yará lo mordiera y que el veneno, alojado en sus entrañas, lo hiciera retorcer de dolor antes de morir desahuciado. Y al algodón, también lo odiaba con todo su ser. "Oro blanco, ¡ja!, lo maldigo. Será oro blanco para el patrón porque para mí es pura mierda". Esos eran los continuos pensamientos de Alma, no los frenaba, al contrario, se regodeaba en ellos planeando una salida gloriosa: escaparse a la Capital.

Concluida la jornada, esperaban pacientemente en una larga fila para pesar la recolección del día en balanzas, instrumentos mentirosos que siempre favorecían al patrón.

_ ¡Alma! ¡Alma!, esperáme che, ¿por qué corrés?_ César caminaba orondo contando los pesos ganados.

_Quiero llegar rápido a las casas, estoy muerta _ se quejó arrancándose con furia el sombrero.

_ ¡Qué carácter! Siempre quejándote vo, che. La máma se va a poner contenta con lo que sacamos entre los cuatro. A lo mejor este fin de semana podemos comer un guiso carrero como Dios manda en vez de pulenta _ deseó esperanzado César.

_ Me da ajco la pulenta, ila odio! _explotó Alma.

_Últimamente odias todo, vo _ Sofía se le acercó por detrás abrazándola.

_ Soltame Sofi. Y sí, odio a todo y a todos..._ Alma inició una loca carrera dejándolos desconcertados por semejante arrebató.

_ Y a ésa, ¿qué bicho la picó?_ César se la quedó mirando boquiabierto.

_ Ya se le va a pasar, metan pata que es tarde y mami debe estar preocupada _ aconsejó con prudencia Amanda.

En el cruce de caminos Alma tomó el de la dirección contraria a su casa. Ansiaba conversar con su prima Aurora. Ella escucharía sin sermonearla. La encontró en la huerta haciendo surcos.

_ ¿Qué hacés?_ Alma respiraba agitada.

_ Hola, ¿no?...acá me ves, preparando la tierra para plantar mandioca _ un pañuelo blanco le cubría la cabeza sujetando una gruesa trenza azabache que le llegaba hasta la cintura. Delgada, de curvas marcadas, se levantó con energía limpiándose las manos en el ruedo de su sencilla pollera de color indefinido.

_ Vamos a sentarnos a la sombra del algarrobo para charlar tranquilas _ la urgió Alma.

Se acomodaron en unas sillas desvencijadas dando rienda suelta a sus sueños de adolescentes. Ambas hermosas, inteligentes y deseosas de conocer una existencia distinta y mejor.

_ ¿La tía Celina?_ preguntó Alma con preocupación girando la cabeza de izquierda a derecha tratando de localizarla.

_ No está. Jue hasta el pueblo a vender los huevos que hoy pusieron las batarazas.

_ ¡Qué alivio! Perdoná que sea tu madre, pero es muuuy metida y no quiero que se entere de mis planes. Confío en vo Aurora, sé que no vas a decir ni pío.

_ Soy una tumba, desembuchá de una vez.

_ Aurora, estoy harta del algodón, de levantarme al amanecer, de que la comida apenas nos alcance, de trabajar como una burra, de ver a mi vejita deslomarse día a día lavando y cosiendo ropa ajena por unos pocos

centavos... _ y sin más comenzó a llorar.

_ No te pongás así. Las cosas son como son y no las podemos cambiar _
dijo convencida

_ ¡Claro que sí! _ le contestó con rabia _ Me voy pa Buenos Aires.

_ ¿Queeé? ¡Estás loca!, tenés dieciséis años, Alma. Sos una provincianita ignorante...Mi tata, que en paz descanse, nos contó que los porteños se burlan de nosotros, nos dicen pajueranos, cabecita negra... ¡Ay!, no, Alma, ni en broma digás eso...sacate esa idea de la cabeza...me das miedo_ Aurora estaba desesperada.

_ Está decidido, me voy pa la Capital. Voy a buscar un trabajo y con la plata que junte voy a comprar una casa pa la máma y mis hermanos. Sí, sí, eso es lo que voy a hacer.

_ Alma te falta un tornillo, la tía Antonia no te va a dejar.

_ Me escapo y chau.

_ ¡Virgencita santa! ¡qué locura!_ Aurora no daba crédito a lo que escuchaba. Era necesario de forma urgente quitarle esos pensamientos absurdos. Entonces desvió estratégicamente la conversación.

_ ¿Vas a ir al baile del aniversario de Charata?

_ Por supuesto y hasta estreno vestido. Me lo hizo mi viejita, quedó precioso. Estuve casi un año ahorrando pa comprar la tela.

"Lo conseguí, por el momento se va olvidar de ese disparatado viaje", se felicitó Aurora.

_ ¡Qué envidia!, contame como es.

_ Es una solera de raso amarillo, de talle largo con un fruncido a la altura de la cadera. En el escote cuadrado yo misma le bordé una hilera de florcitas rojas_ sus manos se deslizaban por el cuerpo a medida que describía el vestido, señalando cada detalle con vanidad y orgullo

_ El Laureano se va a quedar con la boca abierta cuando te vea _ Aurora se refería al mocito que trabajaba en la desmontadora de cereales.

_ ¿Y ése que tiene que ver conmigo? _ se envaró.

_ No te hagás la sonsa...si todos sabemos que te arrastra el ala.

_ Si vo lo decí_ lo expresó con tanta picardía que estallaron en carcajadas.

Salomé, la hermana menor de Aurora, se reunió con ellas. Apenas tenía trece años pero el busto de una de dieciocho. "Pechugona como su madre", cotorreaban las vecinas siempre dispuestas a lanzar dardos venenosos. Desenvuelta y de lengua rápida para las contestaciones, así era Salomé. Traía la pava y el mate.

_ ¿Cuál fue el chiste?_ con un tremendo bostezo le alcanzó un mate bien dulce a su prima.

_ Nada que te importe... ¿quién te llamó?_ Aurora no soportaba las intromisiones de Salomé.

_ No se pélien. Nos reímos del atolondrado del Laureano.

_ ¡Alma!, si es un pan de Dios y se anda babeando por vo _ hasta Salomé conocía las pretensiones del muchacho.

_ Es un pobre pelagatos, me divierte no má.

_ ¡Qué mala so vo!_ Aurora no podía creer el desparpajo con el que se expresaba su prima.

_ Bueno me tengo que ir. Necesitaba desembuchar la rabia que tenía adentro. Gracias por prestarme la oreja Aurorita.

_ Esperá, no te vayás todavía_ Aurora entró corriendo a la casa y al rato salió con una caja de latón con flores primorosamente pintadas. Con gestos teatrales les fue develando el contenido de la misma lo que provocó exclamaciones de sorpresa.

_ ¿De dónde sacastes estas maravillas?_ Alma sostenía casi con reverencia un frasquito de laca para uñas de un rojo estridente. Por su parte Salomé se apropió de un envoltorio cuya etiqueta revelaba el nombre de un cosmético inalcanzable para la coquetería de ellas.

_ ¡Salomé, ojo con usarlo! So' muy chica para pintarte _ y de un manotón le arrebató el preciado tesoro _ Me los regaló el padre Juan.

_ ¿Quién?_ una sospecha empezó a inquietar a Alma.

_ So sorda, el padrecito Juan. Es muy bueno conmigo.

_ Y la tía Celina, ¿qué dice?_ la preocupación de Alma iba en aumento.

_ Nada, ¿qué va a decir? Está contenta. Todas las semanas nos manda con Camilo, el monaguillo, una canasta llena de provisiones y ¡mucho chocolate! Él sabe que me gusta y me regala montones, ¿no es un santo?

_ Pero, ¿qué anda buscando ese cura? Esto tiene mal olor.

_ ¡Alma!, es un sacerdote, lo hace por bondad, es muy generoso _ lo defendió Salomé contrariada por las reflexiones de su prima _ Nosotras le estamos muy agradecidas.

_ Si el tío Alfonso estuviera vivo no sé si le gustaría tanto regalo...

_ No digás bobadas, es un cura y los curas son los representantes de Dios, no hacen maldades. Ayudan a los necesitados y nosotras somos necesitadas _ la amonestó contrariada Aurora.

Alma prefirió no ahondar en el tema, ella no se tomaba en serio toda esa palabrería que se anunciaba los domingos en misa. Ella creía en Dios y en la Virgencita. Los curas eran unos aprovechadores que vivían a costa de la ignorancia y de la buena voluntad de la gente. Estaban equivocados esos pollerudos si esperaban una limosna de su bolsillo. Si querían dinero que fueran a trabajar como lo hacían ella y sus hermanos. "Este cuervo negro está caliente con la Aurora, me la juego. Que no se atreva a manosiarla porque le arranco lo que le cuelga abajo de la sotana... ¡mal parido!"

_ ¡Alma!, ¡Alma!, ¿me escuchas?_ Aurora la sacudió_ ¡qué estás pensando?, dejá de soñar y atendeme...te presto el esmalte para el baile. El color te hace juego con el labial que te comprastes el mes pasado en el almacén de don Benancio.

_ ¡Qué buena so Aurorita! Te juro que no voy a permitir que alguien te haga daño, te lo juro..."especialmente ese cura hijo de puta", pensó consternada.

_ ¡Qué cosa decí vo che!, agarrá, usalo y dispué me lo devolvés.

Un sentimiento de ternura brotó en el interior de Alma hacia su prima, una jovencita humilde, graciosa e inocente que, ella intuía, estaba en peligro.

Se despidieron entre besos y promesas de volverse a reunir antes del esperado baile aniversario del pueblo.

Capítulo 3

Amanda era una joven taciturna. Pocas eran las ocasiones en la que se la veía reír. Callada, reflexiva. Sus hermanos la respetaban y escuchaban sus consejos. Ella siempre los cuidó con una entrega absoluta. Era la mano derecha de su madre. Con sus casi veinticinco años nunca se le conoció un novio. Doña Antonia le insistía en ese sentido.

_ Querida, ¿no te gusta algún muchacho?...yo sé de uno que se muere por vo.

_ Máma no estoy para eso. Estoy contenta en las casas con usted y mis hermanos_ con esa respuesta daba por terminada la cuestión.

Su mirada mansa, su andar cadencioso y su abundante cabellera de un castaño rojizo, deslumbraba a los jóvenes que trataban de captar su atención con un insistente galanteo. A todos rechazó. Por despecho, muchos comenzaron a tildarla de antipática y engreída, pero a ella no le importaba. Amanda era feliz en su soledad.

Pedro Machuca, el capataz del campo algodonero, le había echado el ojo. Se juró a sí mismo que la haría suya. Lo que más lo enardecía era la indiferencia de la muchacha que parecía vivir en un mundo de ensoñación en donde la gente común no tenía cabida.

Por las noches, en el cuartucho ubicado cerca de los galpones en donde se acumulaba la cosecha, se masturbaba desafortunadamente imaginando tener a la dulce Amanda debajo de su cuerpo hambriento de sexo. "De hoy no pasa, hoy no se me escapa", era la letanía que se repetía cada mañana de camino a los sembradíos.

Pedro llegó a la estancia "El Espinillo" gracias a la generosidad de su propietario, don Eduardo Sánchez Uría.

Hijo de un indio ladino que mataron por ladrón y de una prostituta que murió desangrada en el parto. El poco afecto que recibió fue de las rameras, compañeras de desgracia de su madre. Contaba con tres años cuando comenzó a mendigar por las calles de Las Breñas, pueblo aldeaño a Charata. El miserable botín que conseguía reunir debía entregárselo completo a la tirana dueña del burdel donde vivía desde su nacimiento. "Guacho", le decían aunque la mejor amiga de su madre tuvo a bien anotarlo en la delegación como Pedro Machuca, el nombre que había elegido su madre antes de morir. Dormía ovillado sobre una arpillera que compartía con las ratas que correteaban por la cocina.

Cuando pudo valerse por sí mismo, se escapó del lugar robando antes una buena cantidad de dinero que la Madame tenía escondida detrás de una

pintura desportillada.

— "Ojalá se pudra en su propia mierda, gorda culona! — fueron sus palabras de despedida provocando la furia de la mujer y la risa de las furcias.

Deambuló por los caminos sin una dirección fija. Robó para comer, algunas veces lograba huir, otras lo molían a palos.

Tenía catorce años cuando el destino le sonrió. El encuentro con don Eduardo le cambió la vida para mejor. El estanciero evitó que uno de sus hombres chasqueara el rebenque en el cuerpo escuálido del muchacho cuando Pedro se le acercó de manera audaz y descarada con la intención de pedir unos pesos "para ir tirando".

A don Eduardo le gustó la prepotencia del muchacho, que siendo sólo un montón de huesos, se les enfrentó temerariamente por unas migajas. Se lo llevó para la estancia y lo dejó al cuidado de la mujer de su capataz, Eulogio García.

La alegría de Isolina fue enorme. Sus dos hijos varones habían viajado a la Capital buscando nuevos horizontes dejándola con el alma oprimida por el dolor.

Pedro no podía creer su suerte, tenía a su disposición dos viejos estúpidos a los que manejaría a su antojo. Sin embargo, no le resultó tan fácil, don Eulogio era duro de roer y no se dejó envolver por su aparente docilidad. Lo hizo trabajar de sol a sol enseñándole todo lo que sabía de las tareas rurales. Pedro observaba y aprendía codiciando su puesto.

Pasaron veinte años para que se concretara su deseo. Don Eulogio no sólo murió en extrañas circunstancias, sino también Toribio, hombre de confianza de don Eduardo que ocuparía el puesto del difunto.

Ninguna sombra de sospecha recayó en Pedro. A nadie se le pasó por la cabeza que Pedro, el leal y obediente hijo adoptivo de Isolina y Eulogio, hubiera tramado los accidentes del que fueron víctimas los dos hombres.

Pedro obtuvo el puesto de capataz y todo el poder que éste le confería. "Por fin me van a respetar, naides se va a burlar de mí, ya no soy el pordiosero al que todos pisotean. Ahora van a saber quién es Pedro Machuca".

Delante de don Eduardo se comportaba con recato, ejerciendo su autoridad con firmeza y sin extralimitarse. Bajo su mando todo estaba en orden en la estancia y eso agradaba al patrón. Pero a espaldas del estanciero, la peonada sufría los arrebatos de violencia de Pedro. Sus órdenes eran palabra santa, si no se cumplían las consecuencias eran

terribles.

Su nuevo capricho, Amanda, lo tenía a mal traer. La deseaba, pero al ser arisca, abordarla se le estaba poniendo difícil. Para colmo, el hermano nunca le sacaba los ojos de encima, de él también se tendría que librar.

Amanda no sospechaba sobre las negras intenciones del capataz aunque la ponía nerviosa la manera en que fijaba la mirada en ella. En su inocencia no alcanzaba a comprender la lascivia del hombre.

César, a pesar de ser un tiro al aire, caló las intenciones de Machuca. En el trabajo se pegaba a su hermana como si fuese su sombra atento a cualquier avance de Machuca.

_ No me gusta nada como te clava los ojos el Lobizón, si hasta se babea cuando pasa a tu lado el muy asqueroso_ solía decirle.

_ ¡César!, que estupideces decí. Callate que te puede escuchar y entonces sí que estamos fritos.

_ No digo gansadas, yo te voy a cuidar, para algo soy hombre, icarajo!_ se exasperaba.

A César se le hinchaba el pecho de orgullo cuando su madre se refería a él como el puntal de la casa. Ellas se sentían seguras bajo su protección, "era el hombre de la familia".

Vanidoso, soberbio, engreído...así era César y sobre todo lo era con las mujeres. Se consideraba un galán irresistible que arremetía con todo su poder de seducción sobre las mocitas que suspiraban por él.

Las hermanitas García eran los dos "budincitos" que lo desvelaba. Olían a vainilla y almendras. Toda excusa era buena para hacerse una escapada al pueblo y entablar conversación con ellas.

Alejandra y Lucía pasaban sus días en el mostrador de la panadería. Su padre, un gallego prepotente y mal hablado, era el dueño.

César le temía, pero su ardor juvenil lo volvía temerario en su devaneo por cortejar a las hijas. No se decidía por una en especial, las dos eran encantadoras, aunque Lucía lo enloquecía. Tan frágil, tan delicada, tan inocente.

Alejandra era amiga íntima de Alma. Los domingos se juntaban a tomar mate con bizcochos de grasa en el patio trasero del negocio y entre amargo y amargo, para cuidar la silueta, despellejaban a medio

vecindario.

_ No te hagás el vivo con la Jandra, César, mirá que te conozco _ le advertía seriamente Alma. Entonces, Alejandra, descartada. A la carga con la menor.

Planeó encararla un fin de semana durante la siesta del padre. Doña Carmiña, la madre, no era problema, mientras le diera conversación y la adulara, todo iba sobre ruedas.

Lucía estaba perdidamente enamorada de César. Soñaba con casarse y vivir en una casita sencilla, pero rodeada de jazmines. Adoraba su aroma. Una romántica que creía en los cuentos de hadas con el remanido final... "fueron felices y comieron perdices." César, pragmático, sólo pretendía divertirse.

Después de engatusar a la madre con halagos y unas cuantas margaritas que robó de un jardín camino al pueblo, logró sonsacarle unas horas para pasear a solas con la sorprendida Lucía.

Tomaron por un sendero bordeado por campos de girasoles en flor que desembocaba en un arroyito susurrante poblado de garzas que, inmóviles, esperaban a unas ranas que saltaban distraídas en la orilla para ensartarlas en sus picos largos y afilados, semejantes a un arpón.

Lucía se apartó de César, corrió hacia un palo borracho y se sentó en una de sus gruesas raíces que, como zarpas, se aferraban al paisaje circundante.

Una lluvia de flores lilas cayó sobre Lucía transformándola en una ilusión mágica que impactó a César acelerándole el pulso. Se apresuró a tomarle la mano, se acuclilló frente a ella y le besó el cuello. Lucía se sobresaltó por el atrevimiento, pero no se resistió, lo gozó. El entorno los invitaba a amarse sin prejuicios.

_Luci, me muero por vo'_le sopló al oído.

Vos también me gustas... continuó ella con timidez.

Envalentonado por la confesión se apoderó de la boca de la joven y la saboreó profundamente. Ella disfrutó de esa intimidad embriagada de amor. César, enfebrecido, necesitaba sofocar el fuego que lo devoraba.

Sin saber cómo, Lucía se encontró desnuda sobre el pastizal debajo del cuerpo fibroso de César. La desvirgó sin contemplaciones. Su excitación no admitía esperas absurdas. Cuando terminaron le alcanzó de forma

brusca el vestido mientras se subía la bragueta.

En las aguas del arroyo humedeció el pañuelo que siempre llevaba anudado al cuello y se lo tendió a la muchacha para que se limpiara la sangre mezclada con semen, testigo de su hombría y de la vergüenza de ella.

"¡Que hice, Dios mío!, mi padre me va a matar si se entera", pensó con susto mientras las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas consciente ahora de su arrebato. "No, no me arrepiento. ¡Oh Dios, cuánto lo amo!"

_ ¡Arreglate!_ le ordenó indiferente César.

Ella deseaba que la abrazara y le declarara su amor, un amor capaz de enfrentarse a cualquier oposición, pero no fue así. Él sólo quería huir de esa situación, aunque por un instante creyó poder amarla. Enseguida desechó la idea. Durante cinco años estuvo ahorrando para largarse de ese pueblucho y ninguna muchachita, por más dócil y bella que fuera, se lo impediría.

La Capital se le presentaba con nuevas y grandes oportunidades. Ya había sufrido demasiado trabajando de sol a sol en el campo, cosechando algodón desde los ocho años. A los doce, paladeó su primer caramelo. Sus únicos juguetes fueron palos de escoba que se convertían en escopetas. Basta de anteponer a los demás, era su turno de realizarse y lo haría sin vacilar.

Tuvo la gentileza de rodearle la cintura con su brazo. El regreso fue en silencio. Lucía, torturada por el remordimiento, se tragó sus reclamos. Él, satisfecho, planeaba un futuro sin ella.

_ ¿Vamos juntos al baile, César?_ le preguntó ilusionada y con timidez.

_ Por supuesto, preciosa. Nos vemos _ se despidió con frialdad.

La dejó en la puerta de la panadería sin besarla, con el alma rota y la certeza de ser la dueña de un amor desventurado.